

**22 de marzo**

Participan: Samuel Yáñez, Carlos Schickendantz, Sylvia Vega, Cristina Bustamante, Fredy Parra, Ana María Stuvén, Luis Hernán Errázuriz, Diego Irarrázabal, Viola Espínola, Luis Oro, Diego García.

Esta era nuestra primera reunión desde noviembre de 2017, y habiéndose producido la visita papal en el mes de enero, con todas sus secuelas posteriores, existía necesidad de procesar lo acontecido. Había percepciones contrastantes sobre los diversos aspectos de la visita, pero un sentimiento general de desencanto. Para varios se trató de una visita “extraña”, difícil de describir en un solo concepto. Ana María Stuvén nos refirió una experiencia muy penosa acerca de la preparación de la visita a la cárcel, aspectos que están lejos del conocimiento de la mayor parte de la población, nosotros mismos incluidos. Ese encuentro fue considerado uno de los momentos más logrados e inspiradores del viaje papal. Sin embargo, la preparación del mismo por parte de los organizadores fue un concierto de comportamientos erráticos y sintomáticos de un ejercicio de la autoridad que poco tienen de evangélicos. En concreto, hubo desde la comisión organizadora un manejo mañoso y discriminador, favoreciendo a algunas instituciones que colaboran en la pastoral penitenciaria, y apartando a otras, incluso a la propia dirección de Gendarmería. En toda esa preparación, Ana María y Jorge Costadoat trataron de contribuir a una participación equitativa e incluyente de todas las organizaciones comprometidas en el apoyo a las mujeres privadas de libertad, y recibieron como respuesta un trato poco deferente y finalmente excluyente, donde no se daban razones –o las que se daban resultaban pueriles- ni se asumían responsabilidades por las decisiones, tirándose la pelota unos a otros. Quienes en público aparecieron como héroes, en la trastienda se comportaron con pequeñez.

Esta situación nos tomó muy de sorpresa pero en cierto modo vino a dar sentido a otras percepciones difusas que cada uno había ido juntando. Por ejemplo, sobre el modo de ejercer la autoridad por la comisión organizadora. ¿Quiénes tomaban decisiones, cómo se podía acceder a ellos, ante quiénes rendían cuenta? Junto a aspectos de la visita muy logrados -en general los discursos papales eran de calidad, por ejemplo el discurso a los obispos; la misa en el Parque O'Higgins fue un momento muy bueno-, hubo otros muy desconcertantes: Que la liturgia fuera tan “romana”; que la misa en Temuco no fuera bilingüe -lo que es normal en los viajes papales- y que los participantes mapuches estuvieran “acorralados”; que los bailes religiosos en Iquique fueran presentados de un modo que podía considerarse como violencia simbólica, o que el diseño de algunos actos terminara siendo descabellado -considerando que era verano, en lugares y horarios que suponían esfuerzos tremendos a los asistentes, como fue lo ocurrido en Iquique-, como si se quisiera impedir que la gente participara en buenas condiciones. El acto en la Universidad Católica entra en este resumen de desconcierto. Se trató de un acto para cuya organización hubo mucha libertad, y fue finalmente muy impresionante para quienes asistieron a él. Pero era una impresión ambivalente, “impresionante” no permite decidir si fue bueno o malo. Hubo un tono de autoelogio de la UC, y una “puesta en escena” que exaltaba una visión mágica de la persona del papa. Era extraño estar entre académicos –de quienes se espera serenidad-, arrebatados y extáticos procurando sacar alguna foto al personaje. Es un buen tema a discernir: Pese a la crisis de la Iglesia, ¿por qué el papado conserva esa atracción? ¿Qué clase de vacío llena, la nostalgia freudiana del padre? ¿Guarda relación con nuestra propensión latinoamericana al caudillismo y la idolatría? ¿Por qué el que comenzó siendo “Vicario de Pedro” mutó en “Vicario de Cristo”? ¿Acaso no son los pobres los “vicarios de Cristo”? Pero una vez aclarado todo esto, qué dañina es la papolatría si de lo que se trata es de cultivar una fe adulta y una eclesiología que ponga el acento en la

responsabilidad del conjunto del Pueblo de Dios.

Evidentemente, el asunto Barros se convirtió en un obstáculo insalvable para que la visita tuviera mejores resultados, y hasta la respuesta del Papa en Iquique y sus declaraciones en el avión disculpándose revelan no sólo defectos personales, sino errores de organización. Revisando la prensa en las vísperas de la visita, el tema de Barros y los abusos estaba muy presente, y no haber preparado una respuesta adecuada –en forma y fondo- a un tema que venía cantado revela una improvisación o indolencia asombrosas, tanto a nivel de la jerarquía local como de la organización de la visita desde el Vaticano.

La visita parece haber sido enfocada por la organización local como un despliegue de poder de la Iglesia. Pero esa expectativa desmesurada ahonda la sensación de fracaso que incluso terminó devorando los grandes momentos que la visita también tuvo. Al final, lo que se conserva en el recuerdo es la exhibición de una crisis estructural de la Iglesia chilena. Si se quería hacer una exhibición de poderío, el tiro salió por la culata. Se mostró una Iglesia a la defensiva, reactiva, que apuesta por el control burocrático, y que no se entera del descrédito que la sociedad le manifiesta en todos los tonos. Se intentan respuestas que son como una “fuga hacia adelante”, como la convocatoria a un Congreso Eucarístico, precipitada y sin un sentido muy claro de qué se quiere conseguir con él. La visita del papa no ha terminado, sus secuelas se dejan sentir en el envío de monseñor Scicluna en febrero, en la carta del cardenal Errázuriz al CELAM, en las denuncias antiguas y nuevas acerca de religiosos jesuitas y maristas e, incluso después de nuestra reunión, en la carta que el papa ha enviado a los obispos chilenos convocándolos a reunirse con él en Roma.

En la reunión hubo expresión de mucha tristeza, desolación y desesperanza. Porque el problema no es sólo de la jerarquía. Por ejemplo, algunos mencionaron que en la preparación de la visita echaron de menos un mayor sentido comunitario (como el caso de personas demasiado preocupadas de asegurarse entradas para ellas mismas y su círculo cercano). La desconexión entre las distintas subculturas dentro de la Iglesia se vive muy marcadamente. Nuestro grupo no es expresión necesariamente de “el” sentido común, y no sería de extrañar que hubiera otras subculturas que no experimentan estos síntomas de crisis, o que incluso viven experiencias de fe muy valiosas sin dejarse agobiar por una pertenencia formal tan desabrida. Nuestros alumnos postreligiosos no parecen hacerse mayor problema con todo esto. Por otra parte, los cambios para mejor tienen ritmos lentos que ponen a prueba hasta al más paciente. Diego Irrarrazabal nos comentó lo que vivió en Bahía, donde la esclavitud desapareció hace mucho tiempo, pero el racismo no terminó con ella porque tiene un arraigo mucho más profundo que el nivel de la norma jurídica. Asimismo, la recepción de los cambios conciliares tiene un ritmo que dentro del tiempo vital es de una lentitud exasperante. ¿Cuánto puede demorar en transformarse la eclesiología si el clericalismo está tan arraigado también en el laicado?

Sin embargo, y quizás precisamente por esa tristeza tan honda que había calado en todos nosotros, no parece disparatada la expectativa de tocar fondo y “rebotar hacia arriba”. Tal vez se acerca el momento del “Ave Fénix”, tal vez estamos asistiendo al desplome de lo que queda de cristiandad, que trae momentos de desolación, pero también de liberación. Puede que estemos en las vísperas de un tiempo de renovación y creatividad muy positivo. El sentimiento religioso, el anhelo de Dios, no mueren. Se pueden auscultar ahora mismo experiencias muy esperanzadoras: una teología feminista que pone en cuestión una eclesiología patriarcal dañina; testigos vivos o muertos que inspiran el presente de distintas comunidades (como Enrique Moreno ss.cc., cuya partida temprana se ha recordado); comunidades que se proponen seriamente realizar el seguimiento de Jesús en sus vidas -a la manera de los “Grupos de Jesús” promovidos por Pagola-, en fin, una porfiada voluntad de permanecer en la

Iglesia para renovarla pese a todos los sinsabores. Las formas institucionales anacrónicas se experimentan como un lastre que hay que echar, pero para quedarse en la Iglesia, no para marcharse de ella.

Como propuestas para este semestre, se sugiere invitar a Camilo Barrionuevo para conversar sobre los abusos y algunos factores institucionales que los favorecen. Además, se menciona a Luis Razeto, cientista social, economista, filósofo, que acuñó la noción de “economía de la solidaridad” y que ha destinado buena parte de su biografía intelectual a formular “el proyecto de Jesús”. Luego, trabajar cuestiones de teología feminista, particularmente la manera cómo podría contribuir a una reforma de la eclesiología. También se mencionó la posibilidad de trabajar con Nicanor Parra, cuya libertad y creatividad pueden ser de mucha inspiración para un tiempo de renovación espiritual y eclesial.

## 19 de abril

Participan: Agustín Moreira, Samuel Yáñez, Carlos Schickendantz, Isabel Donoso, Ana María Vicuña, Viola Espíndola, Diego Irrázabal, Jorge Costadoat, Luis Oro, Juan Pablo Jiménez, Sylvia Vega, Valentina Nilo, Ana María Stiven, Luis Hernán Errázuriz, Cristián Johanson, Diego García.

Para esta reunión, tuvimos la visita de Agustín Moreira sj, que publicó en la edición de marzo-abril de Mensaje el artículo “Qué concluyó la comisión australiana sobre abuso sexual”<sup>1</sup>. Antes de ahondar en los contenidos del texto, compartió sus vivencias personales. Agustín vivió en Australia junto a su familia entre 1970 y 1976. Su vínculo con ese país es muy importante, y años más tarde, siendo capellán del Hogar de Cristo, viajó en varias ocasiones para visitar a un grupo de chilenos que desde Australia apoya esta obra. Una de estas visitas, en 2010, coincidió con el estallido de los escándalos de abusos sexuales de Fernando Karadima en Chile. En sus reuniones con latinoamericanos, Agustín tuvo ocasión de abordar estos temas, que hasta ese entonces le resultaban desconocidos. En uno de esos encuentros, una mujer mayor que él le pidió conversar, y le confidenció que había sido abusada sistemáticamente en su infancia por su padre, ante la pasividad de su madre, y procurando además que los abusos no se extendieran a sus hermanas pequeñas. Durante dos años, Agustín y esta mujer mantuvieron correspondencia, y eso le permitió dimensionar la destrucción que implica para una biografía la exposición a esta clase de abusos, un martirio en sentido estricto. Primera lección, ¡hay que escuchar a las víctimas! En EE.UU., el abuso es muy masivo. Se estima que 1/4 de las mujeres y 1/7 de los hombres han sido abusados sexualmente. Esto lo ha interpelado como jesuita, acerca de la manera cómo la Compañía ha abordado los casos que se han producido en su interior. Otro elemento de juicio que le ha ayudado a su interés personal en este problema es la carta que Benedicto XVI dirigió a los católicos de Irlanda a causa de los abusos cometidos por el clero en ese país<sup>2</sup>, donde se fijan criterios sobre cómo abordar en el futuro estos casos y actualizar la tarea de la Iglesia, las responsabilidades de sus autoridades, su relación con la judicatura civil, etc.

Volviendo al informe australiano, es el fruto del trabajo de una Comisión Real convocada por la entonces primera ministra Jullia Gillard en 2012, y que finalizó a fines de 2017. Luego de más ocho mil reuniones y de escuchar más de cuarenta mil testimonios, se estableció la existencia de más de cinco mil casos de abusos entre 1950 y 2017. En Australia, la Iglesia católica representa alrededor del 20% de

1 Agustín Moreira, “Qué concluyó la comisión australiana sobre abuso sexual”. Revista Mensaje n° 667, marzo-abril de 2018, pp. 30 a 33.

2 *Carta Pastoral de Benedicto XVI a los Católicos de Irlanda*, 19 de marzo de 2010. [http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/letters/2010/documents/hf\\_ben-xvi\\_let\\_20100319\\_church-ireland.html](http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/letters/2010/documents/hf_ben-xvi_let_20100319_church-ireland.html)

la población y de la educación escolar. Sin embargo, del total de casos que se abordaron, los abusos cometidos en colegios católicos representan un 36% del total. Esa diferencia entre ambos porcentajes ha resultado muy llamativa, y explica que en este informe de varios tomos, hay uno de casi mil páginas dedicado exclusivamente a evaluar a la Iglesia Católica, cuestión muy destacable tratándose de una comisión de Estado en un estado no confesional. El Vaticano ha reconocido la seriedad del Informe<sup>3</sup>, para el que se tomó en cuenta la opinión de teólogos. El resultado es de mucha calidad y bien inspirado.

Entre las razones que explicarían la diferencia porcentual entre la presencia de la Iglesia y su vinculación relativa con los abusos, la principal es el clericalismo, es decir, la sacralización del poder del clero. Esto se construye a través de numerosos dispositivos -jurídicos, teológicos, culturales, etc.- cuyo conjunto redundando en este desmesurado poder del clero y la invisibilización de las víctimas a las que por mucho tiempo no se concedió ningún crédito. Se trata de cuestiones diversas: Selección poco prolija de postulantes a la vida religiosa; desproporción entre la formación espiritual y otros aspectos de la personalidad; ausencia de mecanismos de rendición de cuentas; la consideración de los abusos como pecados y no como delitos; el uso del secreto de confesión en beneficio del abusador, etc.

Las recomendaciones del informe australiano a la Iglesia son de más envergadura que las conclusiones de otros informes (como el que preparó la Iglesia en EE.UU.), y se está produciendo un proceso de aprendizaje institucional muy acelerado. Por ejemplo, la mayor claridad en orden a que la Iglesia no se sustrae a la jurisdicción de la justicia ordinaria de cada localidad y que hay obligación de llevar estos casos ante los tribunales (aún así, hay aspectos en que el derecho de la Iglesia está por detrás de la legislación común, y otros aspectos en que se está adelantando, como el criterio acerca de la prescripción de los delitos de abuso).

Luego de la exposición de Agustín, tuvimos una conversación con él. Una de las primeras constataciones es que la teología o ideología teológica que rodea al sacerdocio ha sido funcional a la comisión de abusos en condiciones de secreto e impunidad. Aparte del clericalismo ya aludido, ha obrado el deseo de evitar el escándalo y en no pocos casos desde las propias víctimas y sus familias se prefirió mantener en reserva los hechos por estimarlos vergonzantes. Incluso allí donde familias han presentado un reclamo -por ejemplo, dentro de un colegio- eso no se ha traducido en la publicidad del caso, y se ha procedido por ejemplo al traslado del religioso, sin dar a conocer en el nuevo destino sus antecedentes de abusador (como ocurrió con Ignacio Aguirre, el “Cura Tato”). Otro aspecto de mucho arraigo alude a la construcción de la masculinidad. Hubo un caso en Chile en el siglo XIX, del dominico Domingo Aracena, destacado bibliotecario e intelectual de la época, quien confesaba a abusadores y atribuía la causa del abuso a la provocación obrada por las mujeres. No obstante, cabe consignar que en el caso de abusos cometidos por religiosos, la enorme mayoría se comete en contra de niños varones. Las mujeres, tanto en condición de abusadas como de abusadoras, son minoría<sup>4</sup>.

Entre las condiciones que pueden facilitar la propensión al abuso, está la forma en que se organiza la vida religiosa. Por ejemplo, que las comunidades de consagrados se aparten del modo habitual de vivir en el mundo (por ejemplo, comunidades de hombres y comunidades de mujeres). Se trata de formas de vida en cierto modo no naturales, y que podrían estar en la base del rechazo que está suscitando el catolicismo. Por otro lado, ¿cómo es la vida cotidiana de los consagrados? ¿Qué clase de ocio tienen? ¿Tienen hobbies? Pareciera haber mucha represión, no sólo de la sexualidad -pese a su fuerza

3 Comunicado de prensa de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, 15 de diciembre de 2017. <http://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2017/12/15/com.html>

4 Hubo una alusión a la obra de Estela Welldon *Madre, virgen, puta. Idealización y denigración de la maternidad* (Siglo XXI, Madrid, 1993). Al parecer, según esta autora, hay casos de sexualización o perversión del vínculo materno-filial que estarían en el origen de muchos casos de pedófilos.

avasallante-, sino de otras inquietudes. ¿Hay, por ejemplo, religiosos que hagan deportes extremos? Por cierto, la forma en que se pide el celibato como requisito para la vida religiosa es muy rígido, y para muchos se ha convertido en una carga muy difícil de sobrellevar. ¿Por qué no admitir la posibilidad que sea opcional? De hecho, entre los diáconos casados, el porcentaje de abusadores es muy inferior al porcentaje de célibes abusadores, lo que es muy sintomático<sup>5</sup>. Por otra parte, hay cada vez menos vocaciones a la vida religiosa, y la proyección de esta tendencia produce más ruido, en la medida en que pudiera transformarse en un grupo cada vez más minoritario dotado de tanto poder y prerrogativas dentro de la comunidad cristiana. Se trata además de instituciones de tan fuerte arraigo que pese a su evidente crisis resulta tan difícil movilizar la imaginación hacia otras formas de concebir la vida de la Iglesia y la relación entre sus miembros. Por ejemplo, el mismo día de nuestra reunión se había reunido el cardenal Ezzati con el clero para hablar de la carta del Papa del mes de abril. Pese a que el tema del clericalismo fue mencionado con claridad por varios de los asistentes, quedó en el aire la impresión que desde la cúspide falta una mayor humanidad para involucrarse en el problema, y prevalece una lógica de preservación institucional en desmedro del sufrimiento que esa institución produce en las personas en concreto (como en las últimas declaraciones del arzobispo acerca de los universales y el nominalismo, que la carta del Papa de abril rebatió llamando a poner más empeño en la compasión y la misericordia<sup>6</sup>).

En este punto, la reunión dio un giro hacia la consideración del futuro que nos espera si ciertas tendencias actuales se consolidan. Por ejemplo, en el experimento mental que un virus hiciera desaparecer la vida religiosa -con las tendencias actuales de menores vocaciones dentro de medio siglo el efecto sería el mismo que el de ese hipotético virus- la pregunta es si podría haber Iglesia sin celebración de la eucaristía. ¿Se acaba la Iglesia si se acaban los religiosos? ¿La fe es indisociable de la conservación de ciertas formas institucionales, sin las cuales se acaba no sólo la pertenencia sino incluso la creencia? En marzo conversamos de cómo la institución se ha convertido en un lastre, y pasa el tiempo sin que la jerarquía tome nota de esto que es evidente. Sin embargo, en nuestra jerarcología actual, la asociación entre fe e institucionalización de la misma tiene una inercia enorme, tal vez promovida por el propio clero, con el consiguiente temor -que disciplina tan eficazmente- a que si se cae la institución, terminará también la fe. En la Iglesia, finalmente, cuando se incuba algún cambio profundo, se activan también fuerzas contrarrevolucionarias o restauradoras muy potentes.

¿La historia podría darnos pistas de otras formas de constitución de la comunidad de los creyentes? ¿Las primeras comunidades tenían sacerdotes? Había presbíteros, no sacerdotes. En el arte cristiano de los primeros siglos hay mucha evidencia visual de que en la fracción del pan no hay sacerdote y se trata de una fiesta. Sin embargo, hoy en día todas las confesiones cristianas tienen un ministerio ordenado, alguien que preside la celebración, impone las manos, invoca al espíritu. Es muy difícil pensar que eso deje de existir, lo que hay que pensar es en cómo se organiza y qué prerrogativas se le conceden. Pero de lo que hay que salir es de la creencia tan consolidada de que la forma actual del ministerio ordenado -que obedece a una formación histórica- es definitiva e irreformable. La propia crisis de las vocaciones es una oportunidad para la innovación. Por ejemplo, se mencionó la situación de los estudiantes de teología en Boston, el 70% de los cuales es laico/a. Luego de la crisis de los abusos en la diócesis, se ha

5 Es del caso decir que el problema no se restringe sólo a la Iglesia o a la vida consagrada. El del abuso sexual parece ser un caso de un problema mucho mayor, que es el del abuso de poder. Abuso sexual se verifica en muchísimos contextos. La situación de salud mental en Chile se ha deteriorado tanto, que se ha llegado a decir que Chile es un país que abusa de sus niños. Ver declaraciones de Pilar Ramírez, Coordinadora del Consejo de Prevención de Abusos de la Conferencia Episcopal, CNN, 23 de febrero de 2018. <http://www.cnnchile.com/noticia/2018/02/23/coord-de-prevencion-de-abusos-chile-es-un-pais-donde-se-abusa-sexualmente-mucho>

6 “Carta del santo padre Francisco a los señores obispos de Chile tras el informe de s.e. mons. Charles J. Scicluna”, 11 de abril de 2018. [https://w2.vatican.va/content/francesco/es/letters/2018/documents/papa-francesco\\_20180408\\_lettera-vescovi-cile.html](https://w2.vatican.va/content/francesco/es/letters/2018/documents/papa-francesco_20180408_lettera-vescovi-cile.html)

producido un descrédito terrible de la vida consagrada (un sacerdote testimonió no haberse atrevido a prestar auxilio a un niño de la calle por temor a que se lo interpretara como una forma de introducirlo en una situación de abuso). Los laicos han tomado -¿han tenido que tomar?- más iniciativa y se ha hecho habitual la celebración de cenas eucarísticas sin celebrante. Pero la inercia reclama su lugar: en lugar de alegrarnos porque la comunidad de los creyentes se autoconvoca a compartir la fe de estas maneras no regladas, muchos temen que esto tenga un efecto disolvente. Es difícil pensar en una sobrevivencia de la experiencia religiosa desprovista de formas institucionales, pero es evidente que bajo esa premisa los tiempos presentes requieren de mucha más imaginación para afrontar el deterioro acumulado.

Hay además que tener en cuenta el carácter procesual en el tiempo que estos asuntos tienen, con tendencias contradictorias que coexisten, y no perder la visión de conjunto y el sentido histórico en estos cambios. Por ejemplo, la crítica a la institución en su forma actual es simultánea con el enorme prestigio que detenta el papado –no este papa o aquél otro, sino el papado como institución-. O el hecho que desmontar un sistema tan monárquico parece que es algo que sólo puede hacerse monárquicamente en las condiciones actuales, toda la iniciativa y el poder de decidir recae en el centro del sistema. En la cúspide hay personas lúcidas que ven el problema y procuran conducir la crisis de modo que produzca una solución aceptable y perdurable, pero otros se defienden “como gato de espaldas”. Pero tampoco parece ser alternativa “que se vayan todos”. La situación actual a unos les produce vértigo, a otros en cambio muchas esperanzas. Que el Papa admita que se equivoca y pida perdón a los directamente ofendidos introduce en unos inseguridad; en otros, en cambio, es ejemplar, nos reconcilia con una imagen de autoridad entendida como servicio y rebaja nuestra propia inclinación a negar nuestros defectos y perseverar en los daños que cometemos. En otros planos también hemos aprendido después de los errores y los traumas: la sensibilidad hacia los DD.HH. se expandió porque tuvimos que aprender que su vulneración era atroz; hasta hace no mucho organismos como la OMS consideraban la homosexualidad como una patología; ha tenido que ser una comisión gubernamental australiana la que le ponga los puntos sobre las íes a la Iglesia en temas donde muchos teólogos, durante largo tiempo, han tenido que predicar en el desierto. Ha tenido que ser la conciencia del crimen la que nos ha hecho apurar el tranco, y tomar conciencia que operamos con estructuras que crean víctimas. La menor proporción de religiosos ha obligado a entregar el gobierno de las obras a más laicos, como en muchos colegios religiosos muy tradicionales donde el sacerdote ahora sólo es capellán. Hay que perseverar en que se constituyan en las diócesis y parroquias equipos pastorales y económicos con laicos/as, y que el sacerdote rinda cuentas de su gestión.

## **17 de mayo**

Participan: Carlos Schickendantz, Jorge Costadoat, Isabel Donoso, Cristina Bustamante, Luis Oro, Luis Hernán Errázuriz, Felipe Espinosa, Sylvia Vega, Viola Espíndola, Diego Irrarázabal, Fredy Parra, Diego García.

En esta reunión se integró al grupo Felipe Espinosa, profesor de literatura, quien había sido invitado tiempo atrás a instancias de Luis Hernán Errázuriz. Su presencia ha sido muy bienvenida no sólo porque haya podido integrarse después de un tiempo en que por otros compromisos no había podido asistir, sino además por su interés en la poesía de Nicanor Parra, que precisamente era el foco de este encuentro.

La iniciativa por destinar tiempo a la obra de Parra surge de la constatación de la distancia que parece haber entre la academia chilena y la obra de los Parra en particular, y la cultura popular en general. En ese sentido, hay un aspecto sanador en que los académicos nos exponamos a un lenguaje que no dominamos, y reducidos a una situación de “inutilidad” recobremos la sencilla capacidad de admiración. En la obra de Violeta Parra hay pistas espirituales muy hondas. Y en el caso de Nicanor, nos da una oportunidad de desmitificar falsos absolutos y además ofrece una “forma de escuchar la fe”. Para eso, tuvimos como referencia principal los distintos volúmenes de los *Sermones y Prédicas del Cristo del Elqui*.

El ejercicio consistió en elegir uno de los poemas y comentarlo. Uno que concentró más nuestra atención fue el n° 42, “Espíritu Santo”:

## XLII

La presencia del Espíritu Santo  
se percibe con toda nitidez  
en la mirada de un niño inocente  
en un capullo que está por abrir  
en un pájaro que se balancea sobre una rama

difícil que alguien pueda poner en duda  
la presencia del Espíritu Santo  
en un pan recién sacado del horno  
en un vaso de agua cristalina  
en una ola que se estrella contra una roca

¡ciego de nacimiento tendría que ser!

hasta un ateo tiembla de emoción  
ante una sementera que se inclina  
bajo el peso de las espigas maduras  
ante un bello caballo de carrera  
ante un volkswagen último modelo

lo difícil es saber detectarlo  
donde parecería que no está  
en los lugares menos prestigiosos  
en las actividades inferiores  
en los momentos más desesperados

ahí falla el común de los mortales

quién podría decir que lo percibe  
en los achaques de la ancianidad  
en los afeites de las prostitutas  
en las pupilas de los moribundos?

y sin embargo también está ahí  
pues lo permea todo como el sodio  
¡que lo digan los Padres de la Iglesia!

Arrodillémonos una vez más  
en homenaje al Espíritu Santo  
sin cuyo visto bueno nada nace ni crece  
como tampoco muere en este mundo.

Muchos de los comentarios convergieron en que los textos tienen la cualidad de unir la trascendencia con lo elemental. El Espíritu Santo se expresa en lo sencillo, pero no por eso es superficial. Lo delicado convive con lo irónico, hay muchas resonancias de franciscanismo (las espigas maduras, la ola contra la roca, el balanceo del pájaro sobre una rama) que conviven con recursos del Pop (un volkswagen último modelo).

Todo el elogio al Espíritu Santo contrasta con la jerga alambicada de nuestras jerarquías de hoy, y con la chocante escenografía de la opulencia vaticana. El texto de Parra proporciona mucha libertad y es oxigenante para quienes desean una renovación en la vida de la Iglesia, teniendo espacio para una búsqueda que incluye la posibilidad de experimentar y equivocarse, concediéndole una dignidad formativa a la posibilidad del error (Poema XXXIII: “EL ERROR es una fuerza motriz / ¡ay del humano que no yerra nunca!”). Su modo de decir las cosas desinstala y ayuda a “pegarnos el alcachofazo” respecto de las distorsiones que ha ido adquiriendo nuestra fe. Así podemos volver a preguntarnos sobre nuestra condición de creyentes y sobre la Iglesia que quisiéramos construir. Ha gustado también la identificación del Espíritu Santo con los desheredados y los suplicantes (los lugares menos prestigiosos, las actividades inferiores, los momentos más desesperados, los ancianos, las prostitutas, los moribundos). Incluso para quienes entre nosotros tienen una iconografía del Espíritu Santo más bien pobre, esta manera de abordarlo por Parra regala libertad, espacio para la creatividad. Ahora bien, el descubrimiento del Espíritu Santo no es sencillo ni desprovisto de dificultad o exigencia: “Lo difícil es saber detectarlo / donde parecería que no está”, luego de lo cual procede a enumerar a los despreciados por el mundo. En fin, el Espíritu está en todo, particularmente en lo más humilde. Su falta de solemnidad es como si se postulara a la manera de un “anti espíritu santo”<sup>7</sup>, de todos modos de alcances cósmicos. Esta reconciliación con la materia es también a contrapelo de una cierta manera de entender la fe que es amarga y afectivamente represiva. La celebración del cuerpo y la materia es tabú en formas muy extendidas de nuestra experiencia religiosa, a pesar de las bodas de Caná y del hecho que la representación simbólica de la trascendencia es pura materialidad inmanente. Leyendo este poema de Parra, en cambio, todo es redimido y muestra su sacralidad. No es un panteísmo (todo es Dios), pero sí podría ser un panenteísmo (todo es en Dios).

José Miguel Ibáñez Langlois piensa que Parra es un ventrilocuo y una suerte de ajedrecista muy racional que sabe muy bien lo que quiere decir antes de realizar cada jugada. En años en que era muy difícil decir nada<sup>8</sup>, Parra se las ingeniaba para dar a conocer lo que pensaba de todos modos. ¿Es él quien habla a través del Cristo del Elqui, alguien desautorizado por su locura a quien nadie toma en serio (a la manera del trapero en Walter Benjamin)? Esa es una astucia del poeta, propiciarse un ámbito donde, al no ser formalmente digno de ser tomado en serio, adquiere la disponibilidad para decir lo que otros intereses deciden callar<sup>9</sup>.

La convocatoria a poner atención a lo simple y cotidiano recuerda la obra de Richard Kearney, quien

7       Alguna vez se refirió a la antipoesía como una especie de “teología de la liberación de la poesía”.

8 La carpa donde se estrenó una puesta en escena de *Hojas de Parra* fue incendiada intencionalmente durante el toque de queda, en marzo de 1977.

9       Así, por ejemplo, otro poema leído en la reunión, “La sonrisa del Papa nos preocupa”, de la década de 1980: “Nadie tiene derecho sonreír / en un mundo podrido como este / salvo que tengas pacto con el diablo / S. S. debería llorar a mares / y mesarse los pelos que le quedan / ante las cámaras de televisión / en vez de sonreír a diestra y siniestra / como si en Chile no ocurriera nada / ¡Sospecho sras. y sres.! / S. S. debiera condenar al dictador / en vez de hacer la vista gorda / S. S. debiera preguntar / x sus ovejas desaparecidas / S. S. debiera pensar un poquito / fue para eso que los Cardenales / lo coronaron Rey de los Judíos / no para andar de farra con el lobo / que se ría de la Santa Madre si le parece / pero que no se burle de nosotros”.

procura encontrar la voz y el rostro de lo más alto en lo más bajo, un regreso a un Dios no-oficial (“anateísmo”). La alusión al ajedrecista obliga a poner bajo sospecha el ateísmo oficialmente declarado por Parra. En su obra y en su vida hay muchas simbologías religiosas (nada más basta pensar en su velorio en la Catedral de Santiago, o la Biblia en su velador). Tal vez habla como creyente que se sabe parte de la comunidad, pero que se cuida de conservar la distancia crítica para no comulgar ruedas de carreta. El Poema 25 es un texto que bien podría considerarse como una traducción del sacerdocio común de los fieles que consagran el mundo a Dios, declarado por la eclesiología del Vaticano II (GS 34, por ejemplo):

XXV

Todas las profesiones se reducen a una  
 hay quienes dicen somos profesores  
 Somos embajadores somos Sastres  
 y la verdad es que son Sacerdotes  
 Sacerdotes vestidos o desnudos  
 Sacerdotes enfermos o sanos  
 Sacerdotes en acto de Servicio  
 Hasta el que limpia las alcantarillas  
 es indudablemente Sacerdote  
 ese es más sacerdote que nadie.

Su sentido del humor también es calculado, un recurso para no ser tomado en serio (“Parra es divertido pero superficial”), del que a ratos abusó, pero es apenas la espuma de la ola y así, de contrabando, se permite decir cuestiones tremendas, pero también un retorno al Jesús de los evangelios, una descripción del Dios padre requerido de ayuda, necesitado de todos nosotros (“Padre nuestro”: “(...) Comprendemos que sufres / Porque no puedes arreglar las cosas. / Sabemos que el Demonio no te deja tranquilo / Destruyendo lo que tú construyes”). Así pues, el de Parra no es un anti Cristo, sino un “ante Cristo”, el Jesús anterior al Cristo resucitado, que es un ser cuya humanidad es el paradigma de lo que es sano. Sin embargo, una precaución que varios hicieron fue la de no canonizar a la víctima, porque si es así hacemos que la víctima sea necesaria, lo que es una gran perversión. No hay que sacralizar lo que nunca debió ser (la injusticia que convierta en víctima al inocente y al justo)<sup>10</sup>. La sacralización del sacrificio y su administración por un clero asimismo sacralizado está en el origen de muchas de las patologías que están asolando a la Iglesia en el presente.

Ante la pregunta si hay en Parra algún infujo del protestantismo, se hizo la observación que sí era un gran lector de autores ingleses (y traductor de Shakespeare, además). Tal vez de ese contacto puede haber algún influjo de cristianismo reformado en su modo de pensar. Y a propósito de ajedrez, se recordó su memorable discurso en la Feria del Libro de Santiago, en noviembre de 1998, con Pinochet recién detenido en Londres. Parra comenzó diciendo “¿Qué sería del mundo sin los ingleses?” (!) para luego rematar con un panegírico a las grandes glorias de su literatura.

<sup>10</sup> Ver, por ejemplo, René Girard, *El sacrificio*. Editorial Encuentro, 2012.

## 21 de junio

Participan: Isabel Donoso, Samuel Yáñez, Juan Pablo Jiménez, Jorge Costadoat, Luis Hernán Errázuriz, Felipe Espinoza, Sylvia Vega, Ana María Vicuña, Diego García.

### *“No sé pa' donde revolver los ojos”*

La reunión ha permitido continuar la digestión del proceso que está viviendo la Iglesia en Chile durante el último semestre, y que nos ha afectado a cada uno de modos que comprometen asuntos muy vertebrales de nuestras personas. Una de las cuestiones que impresionan y que condicionan nuestras reacciones es ya no sólo la hondura y gravedad de la crisis, la generalización de un estado de podredumbre, sino su expresión formal, como una especie de tornado que va devorando todo a su paso. Se hizo la comparación con la acción de las termitas. Es una crisis que, mirada retrospectivamente, tiene sus raíces en rasgos añejos de la Iglesia, pero que se había vivido soterradamente, y el desplome ha sido abrupto y completo, lo que perturba y paraliza mucho. Ante una situación como ésta, ¿cómo sería deseable reaccionar? Por una parte, hay la inclinación a actuar rápido, pero de otra parte surge la pregunta si eso nos haría actuar atarantadamente frustrando el bien que se quiere por no haber reflexionado lo suficiente. Al término de la reunión aparecen pistas más claras, pero para llegar a ellas hay que hacer un camino todavía trabajoso.

En primer término, hacernos cargos del dolor personal que todo esto supone y cómo condiciona nuestra capacidad de actuar ante las demandas del momento presente. Muchos de los que formamos parte del grupo hemos conocido personalmente a protagonistas centrales de esta crisis, quienes han tenido un rol importante en distintos momentos de nuestras vidas. Cuando hoy aparecen como mentirosos, embusteros o incluso delincuentes, eso arroja sombras muy ominosas sobre la propia memoria de pertenencia a esta comunidad creyente. No es de extrañar entonces que sobrevenga un momento de estupor en que no es fácil responder a preguntas como si acaso es momento de quedarse a salvar la comunidad, o de irse a un lugar donde la experiencia de Dios no se encuentre tan rodeada de elementos tóxicos. Por lo demás, hay quienes compartieron antiguas conversaciones con prominentes figuras de lo que se ha dado en llamar la “Iglesia profética” y que sostenían que lo que había que promover siempre era “el bien superior de la Iglesia”, que fácilmente se terminó malentendiendo como una forma de “razón de Estado” o como una mentalidad burocrática que coloca a las instituciones al servicio del control social por encima del bien de las personas. Esa mentalidad ha sido transversal y es lo que nos está pasando la cuenta hoy día. Así pues, si bien hay buenas razones para afirmar que este momento constituye una gran oportunidad para que en la Iglesia se produzcan cambios importantes y de mucho bien, y que no hay que dejarla pasar, sin embargo también es verdad que hay que hacerse cargo de este estado personal y comunitario de aturdimiento: Para algunos, estos tiempos no han tenido que ver con si acaso es el momento de aprovechar una gran oportunidad, sino más bien de responderse si acaso podemos seguir creyendo, a secas.

### *Poner en práctica la fe, con lucidez*

En nuestro grupo la fe es una experiencia ardua. Nuestras biografías se han caracterizado más bien por un esfuerzo de alcanzar una experiencia religiosa adulta, y ella está marcada incluso por épocas prolongadas de duda e incertidumbre<sup>11</sup>. Hemos entendido la fe como algo que no simplemente se tiene y que da seguridad, sino más bien como la meta de una búsqueda sin término, que es personal y

<sup>11</sup> A propósito de lo normal y saludable de la duda en la experiencia religiosa, se mencionaron *El evangelio según Jesucristo* de José Saramago, y *La última tentación de Cristo*, de Nikos Kazantzakis.

simultáneamente comunitaria. Ambas dimensiones no siempre se encuentran bien acopladas o sincronizadas. Para muchos de nosotros, el alejamiento de una comunidad o de una institución en la que no nos ha resultado posible permanecer honradamente, no ha significado ahogar el anhelo de una experiencia de Dios, sino más bien continuar su búsqueda intentando otros caminos. Así pues, en esta condición anímica en que nos encontramos en estos meses (¿Quedarse o irse? ¿Asumir la oportunidad proactivamente o contemplar el derrumbe?), una de las pistas que ofreció la conversación sostiene que *se formula erróneamente la cuestión si afirmamos que nuestra experiencia de Dios depende de lo bien que está la Iglesia.*

Es probable que algunos aspectos del desastre que estamos presenciando no se relacionan sólo con la ineptitud de los liderazgos, su lenidad para castigar a los corruptos o su falta de criterio para gestionar conflictos. Son diseños institucionales completos e inveterados que se encuentran desacompañados respecto de las condiciones de posibilidad de una experiencia de Dios en el mundo contemporáneo. Por ejemplo, se ha mencionado la hipótesis de Harari respecto del lugar de las religiones institucionalizadas en una época post neolítica. En condiciones de subjetivación más intensas, y de policentrismo más a la mano gracias a las posibilidades que brindan las comunicaciones y los transportes para acceder en poco tiempo a toda la diversidad que contiene lo planetario, una Iglesia centralizada y verticalista chirría con la experiencia religiosa de cada vez más seres humanos para quienes es mayor y más definitoria la conciencia de la responsabilidad personal para aceptar lo que se cree, dejando atrás la heteronomía impuesta disciplinariamente.

Visto de esta manera, un paso para salir del pasmo -aun haciéndonos cargo de los propios duelos- es asumir que la pertenencia adulta a la comunidad creyente supone un examen crítico de nuestras formas de organizar la experiencia religiosa, y en consecuencia, que esa pertenencia incluye la responsabilidad de conservar lo que ayuda y reformar lo que no ayuda a la vida de esa comunidad. Concretamente, practicar la fe incluye el cuidado de la vida comunitaria -dentro o fuera de la Iglesia- en un plano de horizontalidad mayor y confrontar a dos adversarios distintos pero que se potencian en contra de la vida comunitaria del creyente adulto contemporáneo: el individualismo atomista, y el clericalismo. En tal sentido, es esperanzador el rol que han asumido grupos laicales no sólo en Osorno. Los hay también en otras regiones, y hubo una expresión importante de esto mismo en la Asamblea Sinodal de Santiago en el mes de mayo. Estos grupos laicales, que son ejemplo de una larga fidelidad a la Iglesia y que muchas veces se han formado y mantenido a pulso, en lo grueso, no sólo han acertado en el contenido de sus denuncias sino además en lo que concierne a los roles que a todos nos caben en la suerte de la Iglesia<sup>12</sup>.

Otra pista es hacerse cargo del fenómeno del poder. No se trata sólo de advertir que el poder es una dimensión propia de las instituciones; lo es también de nuestras relaciones interpersonales, entendido como posibilidad de unos de gobernar aspectos de las vidas de otros. En la vida cristiana es usual evadir el tema, a veces incluso con buena intención en el entendido que el poder no nos interesa, que se es más o mejor cristiano cuanto más procuremos vivir lejos de él. Dicho de otra manera, el del poder es otro tema tabú entre nosotros y lo soslayamos con mala conciencia, o en el mejor de los casos procuramos conjurarlo aludiéndolo con un lenguaje edulcorado y eufemístico. Pero esto malentende la cuestión y favorece a quienes sin hablar del poder sin embargo lo comprenden perfectamente y no tienen remordimientos en ejercerlo<sup>13</sup>. Se aludió a la experiencia de las comunidades eclesiales de base

12 Sobre el rol poco conocido que el laicado habría desempeñado en la evangelización de América Latina, se mencionó un texto de José Comblin, "La nueva evangelización de América Latina y el camino de la reconciliación", Fe y Solidaridad n° 69, 1990.

13 Este problema desborda los límites de la Iglesia y se extiende al conjunto de la sociedad. La pregunta que muchos se están haciendo es si, teniendo a la vista lo que sucede en el SENAME, el sistema carcelario, o los abusos sexuales en el mundo televisivo -por nombrar sólo casos recientes-, no es Chile en su conjunto un país perverso.

en la década de 1980, como instancias de formación política, y cómo eso se encuentra relativamente abandonado hoy. Caricaturicemos: Cuando los “buenos” renuncian al poder en nombre de su aspiración a la bondad, se lo entregan en bandeja a los “malos”. Los “buenos” tendrían que aceptar la omnipresencia del fenómeno del poder y domesticarlo para que sea entendido como posibilidad de servicio a quienes necesitan más apoyo. La lucidez que se precisa implica que quienes ejercen ocasionalmente el poder sean capaces de verlo, asumirlo, ejercerlo para el servicio y que se sometan al escrutinio de la comunidad gobernada. Tal vez esta ceguera explica parte del comportamiento de apariencias alienadas de varios obispos, que deambulan como *zombies* diciendo que sólo hay “problemas” cuando es evidente casi para cualquiera que lo que hay son delitos facilitados por estructuras institucionales defectuosas, y es que no comprenden esa dimensión de las relaciones interpersonales y de las instituciones. Así pues, uno de los temores que circula en estos meses es que se intente solucionar la crisis trayendo “buenas personas” sin reformar las estructuras. Eso sería como vender el sofá de don Otto, algo muy chileno por lo demás<sup>14</sup>.

### ***La comunidad cristiana diversa y las personas de buena voluntad***

Entre nosotros hay quienes toman distancia para poder permanecer dentro de la Iglesia, o bien que se han distanciado del todo y experimentan que su anhelo de experiencia de Dios se ha traducido en una disposición al diálogo honrado con la Iglesia, como pudo serlo en su momento la iniciativa del Atrio de los Gentiles. Las tomas de distancia no son fáciles, pues así como pueden proporcionarnos libertad y oxígeno, a veces se traducen en experiencias de orfandad. Como quiera que sea, a ciencia cierta no sabemos si, para quienes vivieron ese quiebre, cada uno se alejó de la Iglesia o si es la Iglesia la que se alejó de ellos, pero en un caso u otro, ocurre que es Dios mismo quien nos sigue porfiadamente, quien no nos deja ir fácilmente. Probablemente hay en esta suerte de interregno en cuanto a la pertenencia formal a la Iglesia una sintonía de fondo con intuiciones del Concilio Vaticano II, que puso en el centro a la caridad por sobre la severidad de la disciplina. Así pues, en estas tomas de distancia de la institución no hay sólo decepción o cansancio, sino también un esfuerzo de fidelidad al Cristo vivo, que no era cura, no tenía Iglesia y andaba rodeado de puros indeseables. Así pues, el Concilio -cuya recepción no ha terminado de hacerse- ha abierto la puerta a convivir con simpatía con quienes realizan la misericordia, sea que tengan o no a Jesús como referencia; a convivir con ellos constructivamente y no desde la sospecha. Así, todos nosotros experimentamos la presencia de plenitud y hasta de santidad en personas pertenecientes a ambientes muy diversos con quienes nos toca convivir, desde los grupos de yoga hasta los ecologistas, pasando por las comunidades que celebran “misas sin cura”. Hay algo saludable en convivir con todos ellos ya no desde el complejo de superioridad de quien afirma a un Cristo triunfante, sino por quien humildemente procura hacer su seguimiento del Jesús para quien también hubo la angustia del huerto de Getsemaní.

Si esto es así hacia la periferia de la Iglesia, con mayor razón debiera serlo hacia el interior. Una de las cuestiones que más nos ha hecho daño es la actitud del militante disciplinado y sectario que demoniza al diferente. Todos somos propensos a comportarnos así: Hay misas a las que vamos, y hay otras a las que “por ningún motivo”. Una cosa es que se necesite entender cómo fue posible el fenómeno de la parroquia El Bosque, cómo es que las elites creyeron tanto en un personaje tan pedestre, y otra es que en todas partes se cuecen habas y también de la cultura de El Bosque se han manifestado personas valientes que enfrentaron el abuso antes que se conociera masivamente el escándalo<sup>15</sup>, así como entre la

14 Se sugiere la lectura del artículo de Rubén Morgado SJ “EL coraje de la verdad al interior de la Iglesia”, Mensaje n° 589, junio de 2010, pp. 20 a 22. En él aborda la cultura del silencio y del disimulo, y propone, para enfrentar la tendencia a la retórica, la parresía entendida como coraje tanto para decir la verdad como para escucharla.

15 Ver, por ejemplo, “Investigación al obispo Duarte”, carta del P. Francisco Javier Astaburuaga, El Mercurio, 10 de junio de 2018. <http://www.elmercurio.com/blogs/2018/06/10/60869/Investigacion-al-obispo-Duarte.aspx> . Una persona digna de

“Iglesia profética” hemos conocido sonados casos de abusos. Lo que nos une no es la experiencia jurídica de contar con el mismo “carnet de partido”, sino la experiencia de Dios. ¿Qué experiencia ha sido esa para cada cual? Se mencionan varias: Que siendo la vida tan frágil y precaria, sin embargo estemos vivos y que la vida humana se encuentre abierta a tantas posibilidades estremecedoras; que estemos dotados con tantos dones de tan distinto tipo... en fin, la experiencia de gratuidad total que supone el que estemos aquí porque en el inicio hubo alguien que nos amó primero y no nos lo debía.

## 16 de agosto

Participan: Ana María Stiven, Cristina Bustamante, Carlos Schickendantz, Juan Pablo Jiménez, Luis Hernán Errázuriz, Diego García.

El comienzo de la reunión tuvo como tema de fondo la persistencia de los síntomas de la crisis de la Iglesia en Chile, con el conocimiento incesante de nuevas denuncias de abusos cometidos por consagrados en distintas regiones del país, y la dificultad que está teniendo la renovación de los liderazgos en las distintas diócesis. Una primera observación tuvo que ver con la manera en que una concepción más bien misógena del lugar de la mujer en la sociedad y la Iglesia ha servido de contexto para el abuso. Por ejemplo, la mucha evidencia textual sobre el modo en que muy altas dignidades en la historia de la Iglesia se han referido a la mujer como “la mitad irracional de la humanidad” o la “puerta del infierno”, que es la que “provoca” al abusador. Por ejemplo dice Tertuliano que “la mujer debe afearse, pues su belleza es peligrosa para los que la miran”<sup>16</sup>. Así pues, queda expuesto un punto de vista en que el abuso contra la mujer contaba con esta “circunstancia atenuante o eximente” de la responsabilidad del abusador. Y lo otro es el clericalismo, en virtud del cual se crea una condición tanto para que el abusador crea estar ejerciendo una prerrogativa cuando abusa, como para que el abusado (hombre o mujer) entienda que le corresponde padecerla. Cuando se encuentra tan profundamente arraigado un mapa mental como este, el esfuerzo por salir de él es mayor. Se requiere mucha energía para producir logros más bien modestos. Incluso cambios tímidos producen más bien inseguridad, recelo o estupor, antes que confianza. Por ejemplo, que mujeres laicas asuman altas responsabilidades en el gobierno de la comunidad (como podría ser el caso de la incorporación de tres teólogas laicas como consultoras en la Congregación para la Doctrina de la Fe).

Una segunda cuestión que nos preguntamos es acerca de cómo nos está afectando personalmente esta crisis, cuyo continuo goteo exaspera. ¿Cuándo va a terminar toda esta calamidad? La respuesta la tienen las víctimas, muchas de las cuales probablemente aún no saben que lo han sido. Por lo tanto, es muy difícil cualquier pretensión de administrar el término de esta crisis. El asunto es que algunos nos sentimos superados por ella, porque excede cualquier expectativa que nos hubiésemos forjado al respecto, sobre su extensión y profundidad. El aspecto constructivo de la crisis es que ha dejado en evidencia con mucha crudeza al menos algunos de los males que nos resistíamos a considerar como tales (como el clericalismo) y por lo tanto ofrece bastante más claridad sobre donde habrá que poner

---

ser conocida a este respecto es el ex canciller del arzobispado Hans Kast, temprano denunciante del comportamiento de Fernando Karadima.

16 Se recordó, para el caso de Chile, la figura del dominico Domingo Aracena, considerado uno de los espíritus más cultivados de su tiempo, que solía recurrir a justificaciones como esta para explicar las faltas contra la castidad de los religiosos cada vez que tenía que conocer disciplinariamente de estos casos. Se recomendó también tener a la vista una obra reciente, de Claudia Araya Ibacache, *La locura es nuestra* (Prohistoria Ediciones, 2018), una investigación sobre historia de la psiquiatría en Chile, y centrada en el caso de Carmen Marín, “la endemoniada de Santiago”, en el siglo XIX, en el cual la disputa entre religión y medicina fue muy intensa.

energía para renovar a la Iglesia. En ese sentido, esta implosión o colapso podría ser bienvenida. Pero en su dimensión desoladora, esta crisis produce agotamiento y ese agotamiento puede producir desaliento. Así, en clave de esperanza, esta es una oportunidad para re-significar muchas cosas. Por ejemplo, pensar la Iglesia como una comunidad incluyente, donde no tiene cabida el complejo de superioridad de nadie para decir quiénes merecen estar y quiénes no. Esto es muy consistente con la línea que ha impulsado *Amoris Laetitia*, por ejemplo, sobre la cuestión de los quiebres matrimoniales y la inclusión de los divorciados en la comunidad. Entonces, quienes ayer estaban estigmatizados y señalados como pecadores, resulta que hoy no son menos que otros hermanos y vuelven a estar “dentro” de la comunidad entendida como “hospital de campaña”. Pero en clave desoladora, está dejando mucha huella que la crisis nos golpea a todos porque siendo nuestra sociedad tan pequeña, todos estamos relativamente cerca hasta de los casos más sonados, porque muchas víctimas o victimarios son conocidos o amigos nuestros. Muchas convicciones personales que parecían sólidas parecieran disolverse a gran velocidad, dudamos de todo. Y por otra parte, se han levantado preguntas para las que puede que no estemos muy preparados. Por ejemplo, ¿qué hacer con el negacionismo de algunos acerca de sus propios delitos o abusos? ¿Qué va a pasar ya no con la reivindicación de la humanidad de las víctimas, sino además con la de los victimarios?<sup>17</sup>

La toma de conciencia entre nosotros del carácter sistémico del problema tiene distintas dataciones. Algunos han tomado distancia crítica antes, otros más recientemente. Pero hemos ido coincidiendo a distinto ritmo y en distintos tiempos sobre que lo que nos produce mayor rechazo es la comprensión de la Iglesia ante todo como una “institución” impersonal, una organización burocrática de roles, la defensa de cuyo prestigio y el intento por “evitar el escándalo” es él mismo escandaloso. Lo que se va haciendo mucho más claro es que no queremos seguir a la Iglesia, queremos una Iglesia que nos sirva para seguir a Jesús. Así, se formula la hipótesis de considerar a la Iglesia-institución en crisis como si fuera una empresa quebrada con continuidad de giro: Puede seguir existiendo, pero dedíquese a otra cosa. Dedíquese a la incluir más y a juzgar menos, a invitar más y a imponer menos. La propia palabra “Iglesia” está demasiado comprometida con su significado institucional, impersonal y burocrático. ¿Podremos re-significar la propia palabra “Iglesia”? Algunos prefieren hablar simplemente de comunidades donde la experiencia de Dios en el mundo se testimonia en personas de buena voluntad que hacen mucho bien. Si por el contrario la Iglesia tiende a ser la institución disciplinaria, que ejerce control social, entonces Cristo divide, no invita. Incluso se hace la observación que la carta que un grupo de laicos envió al Papa, todavía se mantiene en una forma muy tradicional, pese a que tiene contenidos muy renovadores<sup>18</sup>.

¿Por qué Jesús? Otros liderazgos espirituales que atraen a muchas búsquedas contemporáneas parecen ser autorreferentes y generan mucha entropía en sus propias comunidades. Se menciona el caso de Osho, que parece haber sido un líder autorreferente. También se aludió a un grupo europeo hedonista, los Unicornios, que promueven el poliamor. Pareciera ser el narcisismo elevado a la enésima potencia, como una suerte de respuesta terminal al sinsentido de sociedades opulentas<sup>19</sup>.

Lo que puede atraer, de Jesús para nuestro tiempo, es su disponibilidad y abnegación para ser servidor y no señor, la aceptación incondicional de la humanidad del otro. Cuando la vida cristiana se pone a la tarea de realizar el cuidado mutuo y la disponibilidad para acoger antes que para disciplinar, puede

17 Sobre este difícil tema, ver el artículo de Margarita Sprovera, “Construir desde una Iglesia caída”, Revista Mensaje n° 671, Agosto de 2018. <https://www.mensaje.cl/edicion-impresa/mensaje-671/construir-desde-una-iglesia-caida/>

18 “La Iglesia que queremos”, Revista Mensaje n° 671, Agosto de 2018. <https://www.mensaje.cl/edicion-impresa/mensaje-671/la-iglesia-que-queremos/>

19 Una breve nota sobre los Unicornios en <https://www.elciudadano.cl/tendencias/asi-es-el-movimiento-unicornio-en-londres-poliamor-hedonismo-y-fiestas-sin-censura/04/05/>

atraer y dialogar sin imponer. Es así que al mismo tiempo que la institución Iglesia produce anticuerpos, el cristianismo del servicio y el diálogo convoca constructivamente a los no creyentes. Por ejemplo, se hicieron alusiones a la experiencia de Julia Kristeva como estudiosa de Santa Teresa de Avila, llamando a poner en diálogo el humanismo de la Ilustración con la experiencia religiosa<sup>20</sup>, o ciertas observaciones de Ulrich Beck acerca de la importancia de la vida de las comunidades cristianas para las sociedades contemporáneas<sup>21</sup>. Entre nosotros, ha habido algunas apelaciones en estas direcciones: Que la Iglesia se haga cargo de lo pequeño, que busque a Jesús en el servicio de liberar a quienes sufren toda tipo de pobreza allí donde la haya, aunque se trate de servicios discretos o de apariencias modestas. Es volver a tejer los vínculos interpersonales que nos enriquecen como seres humanos<sup>22</sup>. De hecho, surgió la pregunta acerca de nuestro propio grupo: Nosotros, que no nos reunimos a rezar, ni a leer la Palabra, ni a celebrar los sacramentos, ¿no hemos sido como grupo y para cada uno una verdadera comunidad en el pequeño y parcial espacio que nos hemos reservado? En la conversación, parece ser que este grupo ha podido realizar al menos un poco lo que cada cual busca cuando se imagina una comunidad deseable.

Entre nuestras asignaturas pendientes y más o menos recurrentes en nuestras reuniones, queda lo siguiente en el tintero:

- Tender puentes intrarreligiosos, entre las distintas subculturas que forman parte de la iglesia y que se soportan poco o nada entre sí. Por ejemplo, si nosotros consideramos que hay otros que responden a maneras de ser “cavernarias”, ¿qué estamos dispuestos a hacer para conocerlos, entenderlos y conversar con ellos? ¿Podemos tener más ambición que solamente concluir que con ellos ya no hay nada que hacer y que cualquier intento en contrario es una ilusión y pérdida de tiempo? ¿Qué piensan ellos de nosotros? Se compartieron experiencias al respecto dentro de la PUC, donde hay bastante diversidad de subculturas católicas -y no pocos estudiantes de Iglesias reformadas que también suponen una renovación muy interesante para sus propias denominaciones y para el catolicismo que oficia de anfitrión-. ¿Por qué no intentar reunirnos, escucharnos, compartir experiencias y descubrir si acaso no hay también cuestiones importantes que nos unen? ¿Como dejar atrás nuestro sectarismo?
- Entender mejor a los jóvenes cuya espiritualidad no se traduce en pertenencias institucionales, lo que no los descalifica, sino que nos desafía a mirar nuestra propia experiencia y ver si no se agobia en lo que no debe. Entre nuestros alumnos, muchos de los cuales no son indiferentes a la búsqueda espiritual y a la construcción del bien común, la actual crisis de la Iglesia no parece ni siquiera salpicarles existencialmente. Es probable que nuestra propia angustia frente a lo que ocurre sea síntoma de estar viviendo en un encierro (un mundo de referencia muy autorreferente) que no es

---

20 “Julia Kristeva: «El humanismo no en un sistema, sino una refundación permanente»”. Entrevista de Jimena Larroque, 24 de septiembre de 2015, en <https://www.elcultural.com/noticias/letras/Julia-Kristeva-El-humanismo-no-es-un-sistema-es-una-refundacion-permanente/8366> : “Sin duda, estamos hoy ante un déficit de espiritualidad. El viaje [religioso] amplía la experiencia interior y esto está en el corazón del catolicismo. Entiendo esta espiritualidad como memoria religiosa, no como incorporación de elementos sueltos que se podrían comprar en un supermercado. A la horizontalidad de la red, del marketing y de la información rápida deberíamos sumar la verticalidad del fuero interior. Los que nos consideramos humanistas debemos tomar el relevo de la experiencia religiosa y conseguir de paso que el arte no sea mera decoración, para que la gente no se reseque ni se suicide”.

21 Ulrich Beck, *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*, Paidós, Barcelona, 2002.

22 Hubo una alusión a un escrito conjunto de Sergio Silva ss.cc., y Alberto Toutin ss.cc. No encontré ese texto, pero si un texto de cada uno que vienen de todos modos al caso: Sergio Silva ss.cc., “¿Y ahora qué?”, <http://www.ciudadanodelmundo.cl/y-ahora-que/>, y Alberto Toutin ss.cc., comentario a las lecturas de la misa del 17 de junio de 2018, en <http://www.sccc.cl/domingo-17-de-junio/>

saludable. Tal vez hay vida más allá de la Iglesia institucional...!

- La actual crisis es saludable porque nos está enseñando -a palos, es cierto- cuál es el lugar de lo religioso en la sociedad plural. El que progresivamente la Iglesia entiende que debe colaborar con la justicia civil y que la víctima es soberana al respecto, es una buena manera de entender la muy discutida apelación "...al César lo que es del César", en buena hora.

¿Cómo hacer el registro de esta crisis? Tal vez sería deseable proponerse hacer la memoria de este tiempo, pero no sólo en sus dimensiones institucionales, sino sobre todo existenciales y de su historia social. El registro de una desilusión, del crecimiento de una fe que quiere ser adulta, y de los signos que hacen plausible la esperanza en medio del dolor. También el registro de cómo nos hacemos cargo de nuestras inclinaciones perversas, de lo mórbido en nuestra existencia, que está en el origen de la situación actual como energías reprimidas o mal conducidas.

## 27 septiembre

Participan: Carlos Schickendantz, Diego Irarrázabal, Jorge Costadoat, Sylvia Vega, Ana María Vicuña, Isabel Donoso, Fredy Parra, Ana María Stuvan, Viola Espínola, Luis Hernán Errázuriz, Luis Oro, Juan Pablo Jiménez, Diego García.

Estamos haciendo un esfuerzo por encontrar luces en medio de una crisis tan dolorosa. Una manera de ver las cosas que no rehúya el problema, pero que lo afronte con serenidad y lucidez. En ese plano, en nuestra conversación convive el registro de los hechos terribles que no cesan de salir a la luz, con un esfuerzo de comprensión de su significado. Errar en la comprensión de los hechos puede dificultar o imposibilitar que se los afronte debidamente.

A modo de ejemplo, comisiones en distintos países se han animado a señalar factores que contribuyen a la existencia de condiciones sistémicas que facilitan los abusos. Pero cada factor por sí solo difícilmente explica la situación de conjunto. Así, en distintos informes se hace hincapié en la necesidad de mejorar los procesos de selección de postulantes a la vida consagrada. Sin embargo, el informe producido en Alemania consigna que, en promedio, el inicio de la actividad abusadora por parte de quienes incurrir en ella se produce catorce años después de la ordenación sacerdotal. Eso podría implicar que el momento de la selección no puede ser decisivo como prognosis de las inclinaciones conductuales de un candidato a la vida religiosa. Es decir, no se trata de apresurarse a obtener conclusiones aunque sean lógicamente plausibles. Puede que ese factor tenga alguna importancia, pero no sabemos todavía cuánta, ni qué otros factores lo retroalimentan, o son más importantes, o aparecen en otros momentos. Por lo tanto, se trata de mirar con desapego las propias hipótesis, exponerlas a un examen crítico y desprejuiciado, y tener la libertad para acoger las evidencias que se van obteniendo. El buen espíritu crítico que debiera caracterizar a la actividad científica podría ser de mucha ayuda en esta tarea, pero ello precisa dejar atrás la psicología que asume la defensa a rajatabla de las verdades del pasado, o la apelación acrítica a la tradición, o aquella otra psicología que por admitir una verdad nueva, cree que condena la totalidad del pasado por estar en un error cuando ese error no podía sino ser el fruto de una información incompleta disponible en cada tiempo y que el tiempo posterior va completando (el drama de la falta de recepción de *Humanae vitae* puede tener su origen en esta dificultad de aceptar verdades nuevas sobre la sexualidad que reforman la tradición sin que impliquen una condena en bloque de todo el pasado como expresión de un error

culpable).

Por esto mismo, es de mucha importancia que junto con acoger el drama del presente, no nos ceguemos a la posibilidad de ver datos, aunque parezcan pocos o pequeños, que muestran la persistencia de la lucidez, el buen criterio, las buenas prácticas, para que se abran camino y no prevalezca el abatimiento. En este sentido, un elemento que puede resultar ambiguo o difícil de procesar humanamente tiene que ver con la justicia que se debe a las víctimas, y la existencia de procedimientos judiciales que sean equitativos para denunciantes y denunciados. Los días en que se realizó la reunión coincidieron con el debate sobre la expulsión de Cristián Precht del estado sacerdotal. Su defensa (tanto en el proceso canónico como ante los tribunales civiles) insistió en la ausencia de un debido proceso donde hubiera posibilidad de defenderse de las acusaciones. Incluso, algunos funcionarios judiciales de la propia Iglesia han explicado que la expulsión se debe a casos de abusos nuevos “de tal claridad y magnitud que no han requerido de mayor investigación”<sup>23</sup>. Por ello los defensores de, al menos, los derechos procesales de Precht han reclamado la ausencia de debido proceso. La duda que surge es si acaso la Iglesia dispone de algo así, o si disponiendo de eso lo aplica realmente. El punto no prejuzga sobre la inocencia o culpabilidad de Precht -o de cualquier otro denunciado- sino sobre el derecho que asiste a cualquier persona, por más graves que resulten ser sus delitos, de defenderse de las acusaciones que se le formulan en un juicio equitativo. Incluso los peores delincuentes tienen derechos en este sentido. ¿Respetar la Iglesia estos derechos?<sup>24</sup>

Al momento de realizarse nuestra reunión, aún no se había ordenado la expulsión de su condición de sacerdote de Fernando Karadima, por eso estaba en pie la pregunta de por qué se procedía con Precht de un modo distinto que con Karadima. Una vez expulsado Karadima del sacerdocio, lo que subsiste como interrogante es la manera discrecional en que se ejerce la autoridad en la Iglesia, en este tema y en muchos otros, tan por detrás de estándares elementales de ejercicio razonado del poder regulados en el derecho moderno. Entonces es cuando necesitamos serenidad y lucidez para mirar el conjunto de los datos y discernir. Por ejemplo, hipotéticamente, las actitudes de negación de quienes fueron funcionarios de la Vicaría de la Solidaridad respecto de aceptar la responsabilidad de Precht en hechos que se le atribuyen, podría ser un negacionismo erróneo tanto en la forma como en el fondo, y sin embargo se puede conceder toda la razón al P. Hasbún en que se ha negado el derecho a defensa al mismo Precht. Ambas afirmaciones no son contradictorias, pero nuestra inclinación psicológica suele razonar en términos de “al todo o nada”. Si hay algo de razón en las denuncias, entonces a los denunciantes les asiste *toda* la razón. Si hay algo de culpa en el denunciado, entonces carecen de *toda* razón. Esto, como a priori, es evidentemente erróneo pero nuestras afectos en estos casos a veces operan así. ¿Pueden equivocarse las víctimas? ¿Pueden tener derechos los victimarios? La respuesta es obvia, pero sentimentalmente puede no serlo. ¿Cómo decirle a un denunciante que su denuncia carece de pruebas? ¿Cómo condescender con un condenado por algo atroz y alegar por su derecho a un debido proceso? No hacer estas distinciones produce daños nuevos y sustituye la reparación por la venganza simbólica (por ejemplo, dar rienda suelta a especulaciones sin pruebas: “Es que el Cardenal Silva Henríquez tenía que saberlo...”).

23 Declaración de Jaime Ortiz de Lazcano, Vicario Judicial de la Arquidiócesis de Santiago, en Expulsión de Precht se debió a nuevas denuncias por abusos”, La Tercera, 17 de septiembre de 2018.

24 El P. Raúl Hasbún ha alegado la nulidad del procedimiento, precisamente en atención a la ausencia de esta posibilidad sustantiva de defenderse. Ver “Raúl Hasbún, defensor canónico de Precht: «Demandaré la nulidad insanable de todo lo obrado y decretado»”, Emol, 18 de septiembre de 2018, <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2018/09/18/921014/Raul-Hasbun-por-expulsion-de-Precht-Demandare-la-nulidad-insanable-de-todo-lo-obrado-y-decretado.html> Ver también entrevista al abogado patrocinante de Precht ante la justicia civil, Luciano Fouilloux, en El Mercurio, 23 de septiembre de 2018: “¿Por qué Precht va a tener que responder por todo lo que ha hecho o no la Iglesia, por Karadima, Barros o Cox?”

### ***Recoger el guante***

Se mencionó en la reunión la columna de Carlos Peña “La Iglesia pueril”<sup>25</sup> donde lanza a los intelectuales católicos el desafío de pensar en serio esta crisis, en su radicalidad, y no conformarse con escapatorias como las del Cardenal Medina, que ante los pecados mundanos de la Iglesia, se fuga hacia la condición misteriosa de la misma. Este punto de vista de Peña fue considerado como una buena invitación. Efectivamente, uno de los problemas que explican el presente de la Iglesia (“la crisis detrás de la crisis”, la dificultad de la Iglesia para dialogar constructivamente con la modernidad y especialmente para aceptar el desarrollo de una subjetividad autónoma e incorporarla a la vida de la comunidad creyente) es escabullir ciertos temas, hacerlos tabú, reprimirlos. Cuando afloran a la manera de energías reprimidas durante mucho tiempo, lo hacen de modos muy destructivos. Se mencionaron al menos tres campos donde estamos al debe y donde el conjunto del Pueblo de Dios (no tan sólo los intelectuales y no tan solo en tanto intelectuales) deben ser más valientes para devolver lucidez a la comprensión de los tiempos que vivimos. El primer tema, evidentemente, es el de la sexualidad. Segundo, hacernos cargo de las dimensiones mórbidas de la vida humana, que dificultan las posibilidades para el amor, el don de sí, la entrega a los otros, el propio crecimiento personal de proyectos de vida buena<sup>26</sup>. Y tercero, el poder, normalmente abandonado en nombre de algún desapego y abnegación, pero en ese mismo acto, entregado inocentemente a quienes tienen un sentido más realista de esta dimensión en los vínculos humanos. Los cristianos a veces ignoramos la dimensión del poder a objeto de no perder alguna pretendida pureza. En lugar de ignorarlo, deberíamos asumirlo bajo la pregunta de cómo ponerlo al servicio del prójimo, un poder que libere al débil y lo defienda del que lo apetece como posibilidad de dominación. Por no haber abordado de frente esta dimensión, ahora constatamos que parte del escándalo se debe no sólo a conductas impropias de personas, sino a estructuras institucionales no evangélicas que facilitan esas conductas y que nosotros habíamos considerado aceptables irreflexivamente. Por amor a la Iglesia, debiéramos saber decir a tiempo y benevolentemente nuestras críticas y pareceres, y saber escuchar lo que otros nos quieran decir acerca de nuestros puntos ciegos. Muchos, por estimar que era la mejor manera de practicar su amor a la Iglesia, no se animaron a decir su parecer en público pensando que podían solucionar problemas graves haciendo gestiones privadas. Pero aquí se encuentran en juego asuntos que conciernen a la “razón pública”, a la formación de un sentido común. Aportar argumentos nos va formando a todos, rehuir ese espacio nos empobrece a todos.

En ese sentido, la invitación de Carlos Peña cayó en un buen terreno, y varios sostuvieron que el grupo debiera asumir más responsabilidad para poner a disposición de la comunidad nuestro propio proceso de reflexión. Por otra parte, muchas de las propuestas de futuro ya han sido pensadas por la teología posterior al Concilio, que deberíamos conocer más y discernirlas. Lo penoso de esto es que esas propuestas comenzarán a ver luz producto de un cataclismo, y no por un impulso amoroso de reforma antes del escándalo.

En consonancia con la conversación del mes de agosto -¿somos una comunidad si no celebramos los sacramentos, si no leemos la Palabra?- la respuesta es que en el pequeño espacio que compartimos practicamos una mínima fraternidad: Nuestras discusiones son la manera que hemos encontrado de orar y de ir compartiendo otras dimensiones de nuestras vidas, de abrirle delicadamente espacio a la puesta en común de nuestra experiencia personal de Dios. No tenemos la pretensión de ser “intelectuales

<sup>25</sup> “La Iglesia pueril”, El Mercurio, 23 de septiembre de 2018.

<sup>26</sup> Sobre esta dimensión trágica que supone nuestra condición humana lábil, da cuenta la columna de Ascanio Cavallo “Precht”, La Tercera, 23 de septiembre de 2018. Efectivamente, se puede ser héroe y traidor al mismo tiempo.

católicos” que ejercen como tales, pero sí sentimos que tenemos la responsabilidad de poner en común lo que aquí conversamos, no ser nosotros mismos nuestra propia catacumba intimista sino de incidir modestamente en la comunidad compartiendo una conversación con ella, desde las comunidades de base hasta la academia. Eso implica hacer más difusión de nuestras actas, y eventualmente valernos de los espacios académicos de los que formamos parte para animar conversaciones semejantes a las nuestras con otras personas -conferencias, seminarios, coloquios, columnas de opinión, hacer divulgación de las opiniones de otros, etc.-. En síntesis, hacer circular el aire, liberar la creatividad, practicar la compasión junto con la colaboración a la justicia, proponer formas que la Iglesia puede ir adoptando para el futuro, en fin..., practicar una fe adulta, decirla en voz alta, animar a otros a realizar un camino semejante, escucharlos con curiosidad e interés. Darnos permiso para dudar frente a la novedad con que nos desafían los tiempos. Escuchar. Invitar sin imponer. Y especialmente, reafirmar que la experiencia de Dios es fruto de una vida compartida, pues se cree gracias a que otros creen, creemos porque hemos conocido testigos creíbles, creer no lo concebimos como una experiencia de quien está solo.

## **18 de octubre**

Participan Viola Espínola, Felipe Espinoza, Isabel Donoso, Luis Oro, Sylvia Vega, Diego Irrázabal, Jorge Costadoat, Diego García.

### ***Condiciones del abuso de poder***

La conversación comenzó con una reflexión acerca de las condiciones que podrían incidir en el abuso de poder (que se verifica en abusos de conciencia y sexuales) por parte del clero en la Iglesia. Esto, a raíz de la visita a la Facultad de Teología del abogado Juan Pablo Hermosilla, que representa judicialmente a las víctimas de Fernando Karadima que han demandado al arzobispado. Hermosilla, ateo pero preocupado por la suerte de la Iglesia, admite que ésta carece de las normas de un debido proceso, que es algo que ha sido alegado por Cristián Precht. Pero al mismo tiempo ha tenido acceso a documentación que respalda las más de dos docenas de denuncias que se han hecho contra Precht y sostiene que son antecedentes contundentes. En esa misma conversación en Teología, se refirió el caso de un obispo que hizo abortar a una menor que había sido abusada por un sacerdote. La Iglesia no es el único lugar donde se cometen estos abusos, pero lo que ha llamado la atención es la frecuencia con que se abusa en la Iglesia. Lo que tuvimos ocasión de conocer respecto de Australia mostraba que en los colegios católicos la proporción de abusos estaba muy por encima de la proporción que representa la Iglesia en la población total. ¿Qué factores inciden en que se reproduzcan los abusos en nuestros ambientes eclesiales?

Una hipótesis es el sentimiento de impunidad, alimentado por la combinación de la concentración de poder en el clero, el secreto que acompaña su ejercicio (respaldado en normas) y la asociación con lo sagrado. Que el clero sea visto como expresión o representación de lo sagrado puede que se traduzca en que denunciar a un religioso sea visto como sacrílego, tal como en las Fuerzas Armadas denunciar a un superior puede considerarse una insubordinación o una traición, bajo el supuesto de un deber de obediencia absoluta. En el caso de estas organizaciones tan jerarquizadas, es la estructura de organización y ejercicio del poder la que está viciada. Si ella queda en manos de personas sin las capacidades adecuadas, la propensión al abuso será mayor. Parece ser este el caso. El instructivo que hizo circular la Iglesia sobre prevención de abusos era extraordinariamente pueril. Luego, el problema

pareciera ser que gentes de muy pocas luces detenta mucho poder.

También es cierto que el estándar con que se evalúa el ejercicio del poder es ahora más exigente, lo que supone un progreso de la conciencia moral de la comunidad. Porque de hecho, muchas cuestiones que hoy se consideran abusos antes se encontraban naturalizadas (por ejemplo, la proximidad de monseñor Cox con los niños no era ningún misterio y se admitía socarronamente; asimismo, el que hay ambientes en que es secreto a voces que el sacerdote tiene pareja o familia, eso no es de ahora). ¿Por qué se denuncia tan poco o tan tarde? En parte, porque exponer un caso en que se es víctima todavía es vergonzante. Y en parte, posiblemente porque los abusos ocurren en círculos donde los vínculos son muy estrechos lo que hace más difícil la denuncia (el abusador en muchos otros aspectos es alguien validado, el grupo familiar prefiere que no se haga público el abuso por motivos de una imagen que cuidar, el círculo se cierra sobre sí mismo, se hace impermeable al escrutinio externo, etc.). Con todo, el avance de la conciencia moral que se expresa en público está haciendo retroceder la frecuencia de abusos, como parece sugerirlo la experiencia de Pennsylvania, que ha visto reducirse drásticamente el número de las denuncias de casos nuevos desde que se han tomado medidas estructurales luego que se destapara el escándalo de los abusos allí.

### ***Lectura de Pagola***

Hubo una acogida generalizada al texto sugerido para la reunión. A varios nos impresionó la difícil relación de Jesús con su familia directa, y lo tajante de su relación con los poderosos y los tibios. Por otra parte, hay aspectos de la humanidad de Jesús que tenemos que aprender a asumir. Por ejemplo, que formaba parte de un judaísmo muy tradicionalista, lo que le impone limitaciones propias de la cultura de su tiempo y lugar. Ahora bien, una cuestión muy llamativa es que un abusador no puede ser un salvador. Jesús pedía una adhesión personal muy categórica y vehemente, sin embargo construyó un grupo de una horizontalidad inédita en medio de su transhumancia. Además, no se correspondía con la expectativa mesiánica de la época (su reino no era de este mundo) y hay quienes sostienen que su conciencia mesiánica no era total. Meier, por ejemplo, piensa que tiene una conciencia apocalíptica incompleta. Tampoco es claro que Jesús creyera o supiera que iba a resucitar. Sus seguidores, finalmente, eran un grupo disfuncional que no se constituía a la manera de las escuelas rabínicas (alumnos que buscan maestro) sino al revés: Jesús es quien los busca e invita a adherir a su persona. Era un grupo muy inclusivo, había discípulas y un amplio espectro de personas consideradas socialmente como pecadoras. Aunque con los datos de la Escritura es difícil reconstruir un perfil psicológico de Jesús, Gastón Soublette estima que se trata de un andrógino psíquico, que integra virtuosamente lo masculino y lo femenino, y su resultado es radical, desconcertante y contracultural, muy distinto de muchísimas imágenes que se nos han transmitido de su persona. Al cabo de la lectura, Jesús se nos muestra como un gran desconocido...! Jon Sobrino sostiene que en América Latina ha prevalecido la imagen de un “Cristo sin Jesús”. El Jesús que nos ha sido dado a conocer es acomodaticio, melifluido, burgués, desprovisto del sentido de urgencia propio de la apocalíptica. En ausencia de ese sentido de urgencia, cualquier cosa da lo mismo, quedamos sumidos en el indiferentismo, la distancia cinica o la frivolidad. También se nos ha mostrado un Jesús que no parece vincular la esperanza en la resurrección y la vida eterna con que esa es la manera en que Dios hará justicia a las víctimas inocentes, que es como aparece en el Antiguo Testamento la alusión a la resurrección en 2 Mac 7.

Las distintas imágenes que se nos han transmitido de Jesús no son puras operaciones ideológicas orientadas a la falsificación, sino que se han formulado para solventar una necesidad de cada tiempo. Por ejemplo, el Sagrado Corazón es una imagen que enfatiza la incondicionalidad del amor gratuito de

Dios en medio de la disputa con el jansenismo. Pero, ¿es esa imagen la que necesitamos hoy? El Jesús histórico, al parecer, se aviene más con la idea de esos jarabes de mal sabor que temíamos beber cuando niños. Las imágenes almibaradas de Jesús muestran que se confunde la tradición con el tradicionalismo. La primera transmite un patrimonio y lo vincula con cada tiempo, atento a la novedad del mismo; la segunda es una adhesión rígida y ahistórica de lo que fue pertinente para un tiempo específico, haciendo de ello de modo acrítico el canon para todo tiempo.

Al finalizar la reunión nos hicimos la gran pregunta: Frente a este Jesús histórico que se va presentando tan novedoso y contracultural, ¿es posible pensar que lo habríamos seguido? Honradamente, muchos no supimos qué decir, probablemente habríamos preferido el tradicionalismo de la época. Es ahí donde radica el problema, en que nos puede resultar más cómoda una cierta domesticación de Jesús según las preferencias del usuario de turno. El Jesús-gran-desconocido en nuestro contexto probablemente sería causa de grandes quiebres en nuestros imaginarios. Pero lo principal es que el Jesús a descubrir no viene a quebrar a la comunidad sino a restaurarla, a confiarnos una buena noticia que la es para todos. Años atrás, en otro grupo de reflexión del CTML, Carmen Reyes observó que habíamos sustituido el Padre Nuestro por el “Padre mío”. Jesús no debiera ser una buena noticia para mí, sino el encargo para que yo transmita una buena noticia a todos. Hay mucha evidencia en la Escritura de que esto puede ser visto así, y sin embargo, vemos pasar ante nuestros ojos esa evidencia como si no estuviera ahí. Lo mismo ocurre con el poder como servicio, Jesús rey que se hace esclavo. ¿En qué minuto construimos formas de poder que lo alejan del servicio y el “abajamiento” (*kénosis*)? Y otro tanto con otras cuestiones: Por ejemplo, al finalizar la reunión hay quien dice “menos Ave María y más Magnificat”.

### **Jueves 23 de noviembre de 2018**

Participan: Carlos Schickendantz, Luis Hernán Errázuriz, Sylvia Vega, Cristina Bustamante, Ana María Vicuña, Diego García

#### ***Abusos***

Parte apreciable de la conversación se tradujo en hacer comentarios al acta de la reunión anterior, de la que varios de los asistentes no habían formado parte. En primer lugar, un recuento de cómo se están dando las cosas en relación con las políticas acerca de los abusos. Hay una constatación de una violencia ambiental como marco de fondo. En Chile, las denuncias sobre abusos a menores entre 2012 y 2016 alcanzaron una cifra superior a 12 mil casos, de acuerdo con la Fiscalía Nacional. Eso da muestra de una cultura donde la violencia ocupa un lugar muy prominente. Un segundo dato es que estamos conociendo hechos de un pasado más remoto, por lo que se produce un desfase entre la fecha del abuso y la fecha de la denuncia, y eso obliga a hacer consideraciones contextuales de importancia. Por ejemplo, en EE.UU. hay una explosión de los datos de abusos para el ciclo que va desde 1960 a 1985. ¿Por qué más en ese período que en otros? ¿Había más abusos, o se sabe más de esa fecha que de otras?

Esta situación afecta a muchas instituciones y a credos religiosos, y es posible, desgraciadamente, que lo que ocurre en el catolicismo no es el peor de los casos, lo que no es ningún consuelo. Pero desde el punto de vista de las reacciones, se advierten ciertas tendencias que son correctas, como visibilizar y estudiar el abuso dentro de la Iglesia, entender mejor lo que ha ocurrido, identificar causas, derribar

mitos y proponer políticas sobre la base de la mejor información disponible. En eso, los diversos informes que van emergiendo de las conferencias episcopales, o del Estado Australiano, o aún de misiones como la de Scicluna & Bartomeu en Chile, pueden contribuir no sólo a saber más del pasado y presente, sino además a diseñar un futuro más seguro para los más indefensos.

Una de las cuestiones que resaltan más es el agotamiento del patriarcado como forma de organización y disciplinamiento social. A él concurren desde cuestiones biológicas hasta culturales. El modelamiento de roles y estereotipos está en pleno proceso de deconstrucción. A eso el feminismo está prestando un inmenso servicio de humanización. Hay asuntos que a los varones les resulta muy difícil advertir, pero escuchados en la voz de las mujeres hacen mucho sentido y urgencia. Por ejemplo, los piropos. Muchos hombres piensan que eso es inocuo, pero impresiona oír decir recurrentemente a mujeres que sin piropos aumenta la sensación de seguridad en el espacio público (por ejemplo, viajes en medios de locomoción colectiva). Por incómodo que sea, y aún a riesgo que nos encontremos en el desarrollo de una cierta ley del péndulo en algunos aspectos, educa y mucho experimentar inseguridad acerca del ejercicio de los roles y estereotipos que estaban tan normalizados. Hay lugares en los que hasta la cortesía está siendo mal vista. Algunos se preguntan legítimamente si eso no será un exceso, pero de todos modos es positivo tematizar la cuestión y discernirla entre todas/os en voz alta. Si diversas formas de cortesía han de sobrevivir, que ello sea el fruto de la reflexión compartida y no de la inercia.

### *El camino junto a Jesús*

Va consolidándose una percepción en torno a la importancia de regresar a la persona de Jesús. En una reunión anterior hicimos el ejercicio de leer un capítulo del libro de Pagola, y fue tan refrescante como desafiante constatar que Jesús es todavía un gran desconocido. Las diversas ciencias sociales y humanas están posibilitando grandes progresos en el conocimiento del Jesús histórico y en la interpretación de sus acciones, sus dichos y del testimonio de quienes nos dejaron sus escritos a su respecto. Y eso arroja dos afirmaciones de gran importancia y muy esperanzadoras. Una de ellas, que la nuestra es la primera generación en la historia que está teniendo la oportunidad de beneficiarse de esta recuperación de la persona de Jesús, así como es la primera generación en otras cuestiones a las que se augura un futuro prometedor: ecumenismo, diálogo interreligioso, opción preferencial por los pobres, compasión, ecología, cuidado de los animales, feminismo... Y la otra afirmación, es que los problemas que está teniendo la Iglesia no son problemas con su fundador, sino más bien el contrario: Podría ser el regreso a la persona de Jesús la posibilidad de una renovación en serio y para bien en medio de la crisis que nos tienen tan agobiados. Este proceso de sensibilización y cambios no ha llegado aún a la cúspide, pero ya se echó a rodar. Si sumamos ambas afirmaciones vamos camino a un gran “Eureka” en términos de progreso cultural y posibilidades de humanización. Hay que juntar la urgencia con la paciencia.

Se hicieron observaciones interesantes sobre este regreso a la persona de Jesús. El rescate del Jesús histórico supone, al parecer, un esfuerzo crítico considerable y pide ser abordado de ese modo. Las grandes figuras de antaño –como San Francisco o San Ignacio- tuvieron una admirable fidelidad creativa hacia el maestro. La recuperación de Jesús seguramente estará tensionada por la reinterpretación desde carismas diversos. En esa reinterpretación ha habido riesgo de desfiguración. Hay que permanecer atentos a esas posibilidades. Y se hacen además observaciones muy perspicaces. Por ejemplo, Jesús nos conduce al Padre. Hay quienes al distinguir entre Jesús y el Padre, encuentran más plenitud y sentido en el Padre que en la propia persona de Jesús. ¿Es pertinente la distinción entre uno y otro? ¿Cuánto habríamos de descubrir ahondando en este camino de distinción? ¿Cómo se reintegra la unidad luego? Tal vez hay una apertura al misterio que excede la persona concreta de Jesús

y apunta hacia el Absolutamente Otro. Como quiera que sea, de lo que se trata finalmente es de recuperar cuánto hay de mayores posibilidades de humanización en las religiones, luego de esta constatación de todas las posibilidades de deshumanización que hoy las tienen en entredicho entre los propios fieles y con el conjunto de la sociedad.

La crisis, en el plano local, nos tiene muy conmocionados entre otros motivos porque somos una sociedad más bien pequeña donde “nos conocemos todos”. Entre los protagonistas de la crisis hay conocidos cercanos que son victimarios o víctimas, o encubridores, o personas cuya lenidad ha incrementado el daño. Sobre todo el conocimiento personal de los culpables (amigos nuestros, o guías espirituales, o profesores del colegio, o la persona que nos casó, etc.) ha hecho mucha mella desde el punto de vista de la continuidad de la pertenencia en la comunidad creyente. Allí es donde el regreso a Jesús (“Fijos los ojos en Jesús”, decía Esteban Gumucio SS.CC.) puede renovar las instituciones. En las crisis, las instituciones y sus autoridades son puestas en entredicho, pero, ¿es imaginable la vida en común sin algún tipo de institución? Esta crisis nos ha enseñado a golpes a ser más adultos, a tener mayor sentido de la responsabilidad por lo común, a superar la queja y ser más propositivos y a tener más compasión por constatar que las faltas de otros podrían ser las nuestras y no tener complejos de superioridad con los que lapidar a nadie. Una nueva forma de creer se desarrolla gracias a la crisis, y eso ha de tener expresión también en el modo de organizarse, combinando un discernimiento crítico activo con buena voluntad y sentido del bien común. En el horizonte asoma una gran amenaza al respecto, la del individualismo, o la de la desafección.

¿Por qué necesitamos ser comunidad religiosa, y no basta con ser buenas personas sin más? (Ver en Jesús sólo un reformador moral, por ejemplo). El misterio es una dimensión existencial que nos asalta, de cuyas interrogantes no podemos escapar del todo, es la experiencia de formar parte de algo que te sobrepasa y que supone gran belleza. Y esa llamada hacia el misterio implica una dimensión comunitaria. En el caso de Jesús, se trata de seguir a una persona que merece ser conocida, que integra virtuosamente todos los aspectos de la personalidad (algo así como si representara los nueve números del Eneagrama). El deseo personal de seguir a Jesús es personal, pero no es narcisista, apela a la generosidad y por eso contiene esa dimensión comunicativa y compartida.

La vida humana busca significado y sentido, no se agota en la acumulación de datos científicos, requiere de un propósito y de un proyecto, así como de un significado para sus experiencias límites como el dolor, la muerte, el nacimiento o la felicidad. Cuidar eso posibilitando lo que proporciona esperanza es energizante, en medio del invierno o de la sequedad. La vida comunitaria además es el espacio para que el testimonio se conozca y prenda. En las comunidades con sensibilidad religiosa, hay no poca gente que es verdaderamente heroica. ¿Por qué son así? Probablemente porque tienen una experiencia profunda de abandonarse confiadamente a Dios porque han conocido su amor (por ejemplo, lo que pudo hacer posible que Pierre Dubois se interpusiera entre la violencia represiva y la violencia contestaría en los días de protesta en la Victoria: Un estar chalado que, sin embargo, era la posibilidad más lúcida de desactivar una dinámica que amenazaba con destruir a todos a su paso).